

Lo siniestro como última frontera mental

Luis Muiño

Psicólogo

Universidad Autónoma de Madrid

Susana M. López

Licenciada en Filología Alemana y Teoría de la Literatura

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

El análisis de la frontera entre la locura y la razón, lo psicótico y lo neurótico, y la fascinación que ese umbral nos provoca a través de diferentes tipos de Novela Gótica, es con lo que se especula en el artículo, recurriendo a todo el imaginario que lo gótico nos ofrece.

La Literatura Gótica parece ser el mejor exponente literario de lo que buscamos en esta frontera mental que quiere algo más que lo que la razón y la realidad nos aportan. Lo interesante está en el momento en el que la locura es peligrosa, pero aun así preferimos arriesgarnos y traspasar la imaginación y la creatividad.

El análisis está vinculado a la psicología y estudios afines, que buscan explicación para este fenómeno que es consustancial al género humano, posiblemente desde la más remota antigüedad del hombre.

El pintor René Magritte nos recordaba que *“uno no puede hablar acerca del misterio, uno debe ser cautivado por él”*. Por eso me gustaría empezar este artículo con un fragmento literario. Está escrito a principios del siglo XIX. En la década anterior a su escritura, el autor, entre otras cosas, había estado a punto de morir en Marruecos, había participado en algunas batallas con el ejército de Napoleón, había formado parte de una expedición científica a China y había sido uno de los aeronautas que participó en el primer vuelo en globo sobre Polonia.



En el fragmento seleccionado leemos cómo un endemoniado llamado Pacheco le cuenta lo que le acaba de pasar a un ermitaño. Pacheco llega, junto con su madrastra Camila, a un extraño lugar:

Cuando llegamos a la posada, mi madrastra me tomó de la mano y me condujo, de corredor en corredor, hasta que llegamos a una puerta junto a la cual se puso a mirar por el ojo de la cerradura.

Cuando Camila creyó haber adoctrinado suficientemente a su discípula, vino a abrirme la puerta, me condujo hasta la cama y se acostó con nosotros.

¿Qué os diré de esa noche fatal? Agoté las delicias y los crímenes. Durante muchas horas combatí el sueño y la naturaleza para prolongar mis infernales goces. Por último me dormí y me desperté al día siguiente bajo la horca de los hermanos de Soto y acostado entre sus infames cadáveres.

(...)

El ermitaño se volvió hacia el poseso, y le dijo:

-¡Pacheco, Pacheco, en nombre de tu redentor te ordeno que continúes tu historia!

Pacheco lanzó un horrible quejido y continuó en estos términos:

-Estaba medio muerto cuando abandoné el cadalso. Me arrastraba sin saber a dónde. Por fin encontré a unos viajeros que me tuvieron piedad y me llevaron a Venta Quemada. Encontré al huésped y a mis servidores muy preocupados por mí. Les pregunté si mi padre había pasado la noche en la alquería. Me contestaron que nadie había venido.

No resistí quedarme más tiempo en la venta y volví a tomar el camino de Andújar. Llegué cuando el sol se había puesto. El albergue estaba lleno y me pusieron una cama en la cocina, donde me acosté. En vano quise dormir: no podía alejar de mi espíritu los horrores de la noche anterior.

Había dejado una candela encendida sobre el hogar de la cocina. De golpe se apagó y sentí un escalofrío mortal que me helaba la sangre en las venas.

Tiraron de mi manta, después oí una vocecita que decía:

-Soy Camila, tu madrastra. Tengo frío, corazón. Hazme lugar bajo tu manta.

Después otra voz:

-Soy Inesilla. Déjame entrar en tu cama. Tengo frío, tengo frío.

Después sentí una mano helada que me tiraba del mentón. Juntando todas mis fuerzas dije en voz alta:

-¡Satán, retírate!

Entonces las vocecitas me dijeron:

-¿Por qué nos echas? ¿No eres acaso nuestro maridito? Tenemos frío. Haremos un poco de fuego.

En efecto, muy pronto vi una llama en el atrio de la cocina. Como la llama se aclarara, no vi a Inesilla y a Camila, sino a los dos hermanos de Soto colgados de la chimenea.

Esta visión me puso fuera de mí. Salí de la cama, salté por la ventana y me eché a correr por los campos. Por un momento pude jactarme de haber escapado a tantos horrores, pero al volverme vi que me seguían los dos ahorcados. Entonces corrí más aún y vi que los ahorcados habían quedado atrás. Pero no duró mucho mi alegría. Los detestables seres se abalanzaron por los aires y en un instante los tuve sobre mí. Seguí corriendo. Por último, las fuerzas me abandonaron.

Entonces sentí que uno de los ahorcados me apresaba por el tobillo izquierdo. Quise librarme de él, pero el otro ahorcado me cortó el camino. Se presentó ante mí, con ojos aterradoros y sacando una lengua roja como el hierro que se retira del fuego. Pedí gracia. Vanamente. Con una mano me aferró de la garganta y con la otra me arrancó el ojo que me falta. En el lugar del ojo hizo entrar su lengua abrasadora. Me lamió el cerebro y me hizo rugir de dolor.¹

Una década después de escribir esto, Jan Potocki se suicida de un pistoletazo en la cabeza. La bala, de plata, había sido limada por él mismo a partir del asa de un azucarero hasta tener el tamaño necesario para su pistola.

Después de leer el fragmento, la pregunta es: ¿De qué territorios mentales está hablando el autor?

Desde el punto de vista de un psicólogo, ésta es una muestra de alguien que se adentra en las fronteras psicológicas. De la locura, de la embriaguez o del miedo. El relato es fascinante porque esta persona no ha traspasado aún el límite, pero se nota el atractivo de lo desconocido, la llamada de lo que hay al otro lado de lo racional.

1. Potocki, Jan, *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, Ed. Valdemar, Madrid, 1997, pp. 112-113.

La siguiente escena —con algunas variaciones en el guión— ha sucedido en muchos lugares. Un grupo de niñas, que ese día duermen juntas en casa de una de ellas, se alejan de la vista de los padres de la anfitriona. Recorren la casa hasta encontrar una habitación que tenga un espejo grande en una de sus paredes. Apagan las luces y encienden las velas de un candelabro. En silencio y temblando de miedo, se sitúan en círculo cerca del espejo. Empiezan a girar alrededor de sí mismas. Cuando han dado ya algunas vueltas, comienzan a pronunciar un nombre en susurros: “*Bloody Mary*” (“*Mary la Sangrienta*”). Cada vez que la vuelta les lleva a mirar al espejo, aumenta el volumen de la invocación. Al final, su llamada se convierte en un grito: “¡*Bloody Mary!*, ¡*BLOODY MARY!*, ¡¡¡*BLOODY MARY!!!*”. El terror las invade, porque saben que cuando pronuncien ese nombre trece veces en el espejo aparecerá algo siniestro, un rostro ensangrentado que les hará disfrutar de una experiencia sobrecogedora.

Este ritual, muy extendido en el mundo anglosajón, ha sido objeto de estudio por parte del folclorista Alan Dundes, profesor de la Universidad de California, Berkeley, como **un ejemplo de la necesidad de explorar los límites psíquicos**², de poner a prueba nuestra mente. Este investigador nos recuerda que no es casualidad que el juego de “*Bloody Mary*” se practique más a menudo entre los nueve y los doce años. Ésa es la época vital que muchos psicólogos denominan “**edad de Robinson**”: un periodo de la vida en el que empieza a nacer la curiosidad de internarse a solas en ámbitos desconocidos. En esa etapa muchas personas empiezan a sentir la llamada del misterio.

A partir de esas primeras incursiones, muchos individuos desarrollan la curiosidad por los límites mentales como rasgo de carácter. Marvin Zuckerman, de la Universidad de Delaware, es el investigador que más a fondo ha estudiado este factor de personalidad. Este psicólogo nos recuerda³ algunas de las características de estos individuos: flexibilidad mental y apertura al cambio psíquico, necesidad de novedades, tendencia a aceptar retos intelectuales, capacidad de contemplar los problemas desde múltiples perspectivas, confianza en la intuición, y facilidad para generar múltiples ideas y soluciones creativas.

Decía Marcel Proust que el verdadero viaje del descubrimiento no consiste en buscar territorios nuevos sino en tener nuevos ojos. Las personas que buscan sensaciones distintas toleran la ambigüedad y por eso pueden encontrarse cómodas en ambientes poco estructurados y mantener durante más tiempo abiertos los problemas, por lo que no se conforman con la primera solución correcta. En lugar de usar el pen-

2. Dundes, Alan. *Bloody Mary in the Mirror: Essays in Psychoanalytic Folkloristics*. University Press of Mississippi. 2002.

3. Zuckerman, Marvin, *Sensation seeking and risky behavior*. American Psychological Association. 2007.

samiento dicotómico (“blanco o negro”) son capaces de resolver paradojas y moverse en la incertidumbre (“blanco y, a la vez, negro”, como propone la filosofía del Tao).

Es, de hecho, en esas ambigüedades en dónde reside el enigma: como intuía Sigmund Freud en su ensayo “*Lo siniestro*”⁴ (“*Lo ominoso*”, “*unheimlich*”), **nos atraen los misterios que están a medio camino entre variables que se suponen incompatibles**. Lo vivo y lo muerto (zombis, vampiro,...), la verdad y la mentira (leyendas urbanas, seres que no deberían existir pero existen...), lo que está pero no está (sociedades secretas, fantasma,...) son las paradojas de las que se nutre esta exploración de los límites del pensamiento.

Una renovación de esa idea es la que Masahiro Mori⁵ enunció en 1970. Es la “**Teoría del Valle Inquietante (o Inexplicable)**” que se basa en la hipótesis de que nuestros sentimientos acerca de un robot son positivos mientras no se parece mucho a los humanos, basculan hacia la repulsión cuando son casi similares a nosotros y vuelven a ser de simpatía cuando sus fabricantes han conseguido que sean indistinguibles de las personas.

Creo que es lo que intentaba decir el escritor Arthur C. Clarke cuando afirmaba que la única manera de descubrir los límites de lo posible es aventurarse un poco más allá de ellos, hacia lo imposible.

Toda la simbología gótica explora estos límites. Por ejemplo, la muerte de una persona en la flor de la vida. Durante el año de 1794 se produce un suceso trascendental en la breve vida de Novalis, el escritor alemán. Este suceso habría de sustentar toda la inspiración de su futura obra: conoce a Sophie von Kühn, una jovencita que no cumple todavía los trece años, “*y se siente arrebatado por un irresistible sentimiento amoroso hacia la joven, que pocos meses después es su prometida*”. Sophie no fue en modo alguno el primer amor de Novalis, al parecer y como queda evidenciado en la correspondencia entre sus hermanos, el poeta fue un constante enamorado. Sólo que un episodio doloroso hará que este amor se transforme en algo que traspasa los linderos de la realidad. Dos años después de iniciarse los amores entre ambos, ella muere. “*Fue esta separación inmensamente dolorosa la que, como una tremenda catarsis, abrió en el alma de Novalis una dimensión metafísica y mística que caracteriza virtualmente toda su obra*”. El culto de la amada muerta se transforma en adelante en el momento decisivo de la actitud vital de Novalis; toda su obra, sus apuntes y anotaciones del diario así lo aseguran. En los “*Himnos a la noche*”, escribe:

4. Freud, Sigmund. “*Lo ominoso*”, *Obras Completas* Vol. XVII, *Amor mortu*, Buenos Aires, 1989.

5. Mori, Masahiro. *On the Uncanny Valley. Proceedings of the Humanoids-2005 workshop: Views of the Uncanny Valley*. 5 December 2005, Tsukuba, Japan.

*No saben que eres tú la que envuelve los pechos de la tierna muchacha y convierte su regazo en un edén no sospechan siquiera que tú, desde antiguas historias, sales a nuestro encuentro abriéndonos las puertas del cielo, trayendo la llave de las moradas de los bienaventurados, silenciosa mensajera de infinitos misterios.*⁶

Esta ambigüedad, esta forma de situarse a uno y otro lado de las fronteras mentales, está en toda la literatura gótica:

- Los ambientes oscuros o en penumbras. Richard Wiseman, un psicólogo británico, profundizando en la teoría de Freud, dice que los fantasmas se ven en los lugares de claroscuros.
- Los castillos (ambigüedad entre lo poderoso y lo decadente).
- Los cementerios sombríos y de estilo romántico y las mujeres pálidas (entre la vida y la muerte).
- El viento (ahí se exploran los límites entre razón y cordura). Después de una lectura de "Cumbres Borrascosas", Baudelaire le dice a un amigo: "Aunque la autora dice que la acción transcurre en el Norte de Inglaterra, realmente todo ocurre en el infierno".
- Sentimiento catártico ante la muerte y el miedo a la muerte del ser amado, especialmente durante la etapa de enamoramiento, la etapa en que más vivos nos sentimos.
- Los símbolos religiosos que pasan a ser satánicos (el bien y el mal juntos).
- La rebeldía desde el poder. Muchos de los jóvenes autores fascinados por la literatura gótica eran nobles.
- La búsqueda de estética donde se supone que no la hay: el desafío al buen gusto que se convierte en una traba para innovar, el exceso en las tinieblas, las visiones, la sangre y la no-vida. Es decir, la ambigüedad entre lo bello y lo macabro.
- Lo científico (y, por lo tanto, lo racional) mezclado con lo esotérico. Frankenstein, la atracción por el mesmerismo, la hipnosis...
- El miedo que se junta con la atracción, fundamento de todo el cine y literatura del atractivo del mal. En "Frankenstein" el monstruo dice: "Si no he de inspirar amor, inspiraré temor"
- Y la que, para un psicólogo, es más fascinante: los límites entre la locura y la salud mental, entre lo neurótico (lo realista) y lo psicó-

6. Novalis, *Himnos a la noche; Enrique de Ofterdinge*. Ed. Cátedra, Madrid, 2004, p. 125.

tico. Una de mis novelas preferidas es "Otra vuelta de tuerca" de Henry James. Con una línea más sería la novela de una persona que está loca o el simple relato de unos fantasmas que existieron. Así, se queda en la ambigüedad. Esto es un ejemplo extraído de la novela:

*Un sólo paso en el comedor había bastado, mi imaginación fue instantánea: era él. La persona que miraba por el ventanal era la misma que había visto en la torre. Aparecía una vez más, y no diré con una nitidez mayor, pues eso hubiera sido imposible, pero sí con una proximidad que representaba un adelanto en nuestro trato, y que hizo, en el momento en que nuestras miradas se cruzaron, que contuviera la respiración mientras mi cuerpo se cubría de un sudor frío... Era el mismo... era el mismo; y visto esta vez, como en la anterior, de la cintura para arriba, enmarcado en la ventana. Tenía el rostro pegado al cristal, y el efecto de esta nueva visión fue, extrañamente, el de demostrarme qué intensa había sido la anterior. Permaneció allí sólo unos segundos, el tiempo suficiente para convencerme de que también él me había visto y reconocido; pero era como si lo hubiese estado viendo durante años enteros, como si lo hubiera conocido desde siempre. Esa vez, sin embargo, ocurrió algo que no había sucedido antes: la mirada que me dirigió a través del cristal y de la amplia habitación fue tan profunda y dura como la anterior, pero la apartó de mí, un momento durante el cual yo todavía lo observaba, para fijarse en otras varias cosas. Por lo que debí añadir, a mi natural sobresalto, la certidumbre de que no había ido por mí, sino por alguna otra persona.*⁷

El atractivo de lo gótico, de lo siniestro y de lo oscuro está en todas las épocas y culturas, porque en todas ellas hay personas abiertas a la experiencia. De hecho, forma parte de la historia evolutiva del ser humano. El antropólogo británico Chris Stringer, del Museo de Historia Natural de Londres, nos recuerda a este respecto que el cerebro del Homo Sapiens era más pequeño que el de los Neandertales, pero tenía más desarrollados los lóbulos temporales y la corteza orbito-frontal, las áreas relacionadas con la capacidad de anticiparse y tratar de desentrañar aquello que no conocemos. La profesora de la Universidad de Oxford Eiluned Pearce completa esa idea. En un reciente estudio publicado en la revista "*Proceedings of the Royal Society B Journal*" llegaba a la conclusión de que el **mayor desarrollo ocular de los Neandertales fue su perdición**: al desarrollar el área del cerebro encargada de procesar la visión consiguieron mayor agudeza visual pero limitaron su capacidad para utilizar los lóbulos frontales. De alguna manera, **ver mejor lo real fue en detrimento de su capacidad para imaginar y adentrarse en los límites del pensamiento y la imaginación**.

Este es fragmento muy significativo en esta línea:

7. James, Henry. *Otra vuelta de tuerca*. Ed. Siruela, Madrid, 2001, p. 82.

“Andaban en grupos aquí y allá, a uno y otro lado de la fosa, con un clamor sobrenatural, y a mí me atenazó el pálido terror.

A continuación di órdenes a mis compañeros, apremiándolos a que desollaran y asaran las víctimas que yacían en el suelo atravesadas por el cruel bronce, y que hicieran súplicas a los dioses, al tremendo Hades y a la terrible Perséfone. Entonces saqué la aguda espada de junto a mi muslo, me senté y no dejaba que las inertes cabezas de los muertos se acercaran a la sangre antes de que hubiera preguntado a Tiresias.

(Habla Tiresias): Te pido, soberano, que te acuerdes de mí allí, que no te alejes dejándome sin llorar ni sepultar, no sea que me convierta para ti en una maldición de los dioses. Antes bien, entiérrame con mis armas, todas cuantas tenga, y acumula para mí un túmulo sobre la ribera del canoso mar, ¡desgraciado de mí!, para que te sepan también los venideros. Cúmpleme esto y clava en mi tumba el remo con el que yo remaba cuando estaba vivo, cuando estaba entre mis compañeros.

También llegó el alma de mi difunta madre, la hija del magnánimo Autólico, Anticlea, a quien había dejado viva cuando marché a la sagrada Ilión. Mirándola la compadecí en mi ánimo, pero ni aun así la permití, aunque mucho me dolía, acercarse a la sangre antes de interrogar a Tiresias.

Hijo de Laertes, de linaje divino, Odiseo rico en ardidés, ¿por qué has venido, desgraciado, abandonando la luz de Helios, para ver a los muertos y este lugar carente de goces? Apártate de la fosa y retira tu aguda espada para que beba de la sangre y te diga la verdad.

Así dijo; yo entonces volví a guardar mi espada de clavos de plata, la metí en la vaina, y sólo cuando hubo bebido la negra sangre se dirigió a mí con palabras el irreprochable adivino:

Yo cavilaba de qué modo preguntaría a cada una. Y ésta me pareció la mejor determinación: saqué la aguda espada de junto a mi vigoroso muslo y no permitía que bebieran la negra sangre todas a la vez. Así que se iban acercando una tras otra y cada una de ellas contaba su estirpe.

[...] se empezaron a congregar multitudes incontables de muertos con un vocerío sobrenatural y se apoderó de mí el pálido terror, no fuera que la ilustre Perséfone me enviara desde Hades la cabeza de la Gorgona, del terrible monstruo.”⁸

Pertenece a la Odisea, siglo VIII a. C., es decir, se calcula que tiene 2.800 años. Sin embargo, parece muy moderno porque tiene todos los elementos del gótico, de la búsqueda de lo siniestro.

8. Homero, *La Odisea*. Ed. Anaya, Madrid, 2012, p. 102.

Ha pasado mucho tiempo desde que Homero nos hablara de la visita al Reino del Hades de Ulises, pero nosotros, los mortales tecnológicos, seguimos siendo los mismos, navegando contracorriente en el mundo real y en el mundo mental, con nuestras grandezas y nuestras limitaciones, que son ilimitadas en el reino de nuestra mente, donde se encuentra el conocimiento, porque sabemos trasgredir los límites de la imaginación.

